

## AUTORES Y CRITICOS



# Presencia de Roberto F. Giusti en sus Recuerdos\*

Por

GERMÁN GARCÍA

TENEMOS una historia literaria breve, si consideramos a la literatura como actividad no diremos exclusiva del escritor a ella consagrado, que esto ni aún hoy se conoce, salvo excepciones, sino su quehacer principal y centro de sus preocupaciones intelectuales. Por cierto que no nació esta actividad con nuestro siglo, puesto que el anterior muchos nombres dejó asentados con firmeza en la historia de la cultura rioplatense, pero los *literatos* están presentes más acá en el tiempo. A algunos los conocimos por la vía humana de quienes los trataron; a otros los vimos, escuchamos sus voces y hasta conversamos con ellos, sin pensar en esos momentos en que tales hombres y sus libros quedarían para la posteridad. La brevedad de esa historia permite que, aún hoy, un argentino con menos de ochenta años de vida y sesenta de acción en plenitud, pueda presentarnos en recuerdo personal el documento fresco de acontecimientos, vidas y obras de escritores que han pasado ya a los anales de la cultura argentina.

Reflexionamos sobre esto cuando se ponen ante nuestra vista páginas de evocación, cuya lectura nos presenta épocas y seres que, a fuerza de tratarlos en los libros, se nos hacen un poco de leyenda, de lejanía, estando, como están, tan cerca nuestro. Recordar es goce de la gente madura y en los ancianos un modo de volver a vivir el pasado, pero el

\* *Visto y vivido; anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*, por Roberto F. Giusti. Buenos Aires, Losada, 1965. 340 p.

recordar de los viejos tiene perfume y sabor para viejos y jóvenes. La sustancia humana de las memorias no se pierde con el tiempo. Sazona de continuo y, cuando se ponen por escrito y en buena prosa, años y siglos sortean gallardamente, sin perder frescura, hasta que llegan a constituirse en documento histórico para uso de eruditos: alimento fresco que se transforma en tasajo.

Nuestra historia literaria registra variados documentos de ese tipo. Algunos fueron simples relatos de lo visto, libros de viajeros más que piezas literarias, como los que dejaron los visitantes de fuera, guerreros, comerciantes, aventureros o evangelistas del tipo de J. Antonio King, los Robertson, Musters, Guinnard o el padre Cardiel. Otros, de aquí, con miras directas a la historia, como el general Paz o el brigadier Ferré. Están en lo literario desde los recuerdos de Vicente Fidel López hasta la documentación porteña de José Antonio Wilde, pasando por los siempre frescos *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento, y la estudiantil *Juvenilia*, de Cané. Luego, cerca nuestro, los *primeros* ochenta de Ramón J. Cárcano, *El café de los inmortales*, de Vicente Martínez Cuitiño, la historia larga, rociada con acíbar, de Manuel Gálvez y, en la zona de la política, el libro de Nicolás Repetto. Muchos quedan por cierto, pues no tenemos propósito de hacer inventario, pero no puede olvidarse la presencia de *Los que pasaban*, ejemplar, de Paul Groussac, y casi estamos tentados, extremando el afán clasificador, la *Historia de una pasión argentina*, de Eduardo Mallea, historia de fuera para adentro, subjetiva como aventura del pensamiento.

Ahora toma lugar en este rincón de las letras un libro que se anunció más de una vez, posiblemente antes de que su autor tuviera el propósito de escribirlo. Era necesario, todos lo esperábamos y, digámoslo con franqueza cuando para el escritor no puede derivar en cargo de conciencia desde que ha satisfecho esperanzas, que de no publicar *Visto y vivido; anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*, Roberto F. Giusti habría cometido defraudación, contra los amigos y contra las letras. Su vida larga de trabajador infatigable, que fue lucha permanente por

### *Presencia de Roberto F. Giusti en sus Recuerdos*

los valores humanos y por la cultura de su país, la Argentina, aunque naciera en otras tierras como muchos de los que han bregado por ella, le hizo protagonista cuanto testigo de su tiempo, y su tiempo cuenta mucho para nosotros, que lo sentimos cerca, vemos que se nos va paulatinamente hacia el pasado y pronto será sólo historia antigua para las generaciones que llegan y empiezan a moverse en este apurado mundo.

Roberto Giusti ha tenido *tres vidas volcadas hacia afuera*, como él lo reconoce. Mejor dicho, ha tenido una vida volcada en tres vertientes: la política, la docente y la de las letras. Todas han sido expresiones de una unidad. De la primera dan cuenta los diarios de sesiones del Congreso o del Concejo Municipal, de la segunda son los discípulos quienes ofrecen el testimonio. De la tercera puede decirse que lo dan sus libros y sobre todo la colección, ahora documental, de *Nosotros*. Pero junto con lo que escribió está lo que Giusti vivió en el mundo de las letras. Esto es ahora también un libro, libro del que quedaron fuera algunas zonas que el escritor es dueño de reservarse para su intimidad, aunque el lector, siempre ávido de saber *todo* lo que se refiere a su personaje, también lo quisiera conocer. Pero, recordémoslo, el libro no es de *memorias* y menos de intimidades. Para nosotros es su mismo escritor, porque así lo hemos visto y así lo tratamos: llano, cordial, generoso, limpio. Apasionado, sí, pero comprensivo, fervoroso de la libertad de pensar, de escribir y de actuar con la plenitud del ciudadano. Como hombre de pluma, el crítico por excelencia.

Reconoce el autor: *no me habría desagradado ser el crítico de mi generación. Dicen algunos que lo he sido. Dudo, por lo menos, haberlo sido como habría deseado, en función permanente.* Podemos añadir que, antes de él, ningún argentino asumió esa plena actividad. Muchos ejercieron la crítica: Goyena, Groussac, Cané, Gareía Merou, Payró, Korn entre ellos, pero siempre lo fueron al margen, en crítica de circunstancias, ensayos medulosos en algunos casos, pero no en tarea constante y permanente de analistas de la producción literaria, haciendo el oficio de crítico, tan específico en otras literaturas. Giusti es sin duda quien

más se acerca, aún hoy, a esos exponentes de la profesión que tantas veces se citan como ejemplo.

Pero vayamos a la reseña del libro.

*Visto y vivido* es sobre todo una evocación hecha con el gozo de regustar los ambientes, los episodios, las anécdotas; de poner nuevamente ante sí a los personajes con quienes estuvo en contacto episódico o frecuente. A aquellos se los recuerda con la comprensión y con un espíritu filosófico que es sólo posible a la distancia, cuando la pasión se calma y el tiempo los pone en sus justos límites; a éstos, casi sin excepción, con el afecto hondo del camarada de aventuras y de luchas. Algunos capítulos del libro, pocos, han sido integrados con trabajos ya conocidos, como los discursos en la SADE y en la Facultad de Filosofía y Letras o la recordación histórica de la revista que dirigiera con Alfredo Bianchi, y está bien que así haya hecho, porque encajan con precisión y lucen siempre las galas de una buena factura.

Aunque no lo dijera expresamente, de este libro, como de muchos trabajos que publican antes, surgiría su filiación espiritual de *hijo devoto del gran siglo de la crítica*, del siglo XVIII, centuria que evocara magistralmente en una densa clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores. No es extraño esto, desde que su entrada en la brega de la cultura lo fue en el ocaso del siglo que se prolongó hasta el fin de la primera guerra mundial. No es devoto de la estilística reducida al análisis de la letra ni del arte insustancioso y sí del arte militante, del que tiene humana esencia, con reservas y defensas que mucho importan para no caer en el arte dirigido. Todo esto, que pareciera ajeno al argumento del libro, es importante consignarlo desde que le proporciona una entraña y una finalidad.

Gracia, humor de sonrisa, ironía fina, campean en los capítulos puramente autobiográficos, como el de la niñez en Luca, y sobre todo en los que cuenta sus entradas como infantil corista accidental o partiquín en escenarios teatrales donde actuaron famosos artistas. Giusti fue siempre un gran lector, bien se sabe, y como la inmensa mayoría

### *Presencia de Roberto F. Giusti en sus Recuerdos*

de los grandes lectores, empezó cuando niño devorando los más trulentos novelones. Pronto, al igual que todos o casi todos los lectores adultos de principios del siglo, se metió de bruces en las colecciones de Sempere, las de la famosa *biblioteca blanca*, alimento preferido por los intelectuales anarquistas de probado estómago para digerir o atacarse con doctrinas que solucionaban todos los problemas de su intelecto. El lector devino en este caso en escritor con preferencias por el análisis crítico, tarea en la que demostró poseer adecuada coraza para contener la penetración de ideas ajenas o engañosas antes de haberlas sometido a la propia reflexión. En esto está el equilibrio y la sensatez del crítico. Quienes no tuvieron esas defensas se hicieron sectarios o simples voceros de lo que otros proclamaron. En su juventud la producción local era escasa y pocas veces significativa. Los intelectuales abrevaban en las literaturas extranjeras y de éstas principalmente en la francesa. América latina, más que hoy era ignorada entonces, aunque la palabra América se utilizara para la declamación, puestos los ojos en Europa. Hay en *Visto y vivido* un poco de añoranza, pero se está muy lejos de sostener que era mejor lo de antes. Si se andaba tras de los artistas que venían de fuera; si la llegada de escritores famosos —France, Blasco Ibáñez, Ferri— o la presencia de divos y actrices —la Barrientos, Caruso, Tamagno o Eleonora Duse— se celebraba como acontecimiento trascendente; si se esperaba el libro salido de prensas francesas, no era porque sí no más, pues, dice, *Qué más podía hacer entonces un joven con curiosidad intelectual e inquietudes artísticas en la chata Buenos Aires de principios del Novecientos, sin museos, con contadas muestras de arte en la calle Florida, organizadas generalmente por marchands italianos en el salón de Witcomb o en el de Costa, con no menos contados conciertos, sin conferencias (las excepciones confirman la general privación), sin llamativos visitantes extranjeros; sin otro teatro interesante que el europeo en las caras temporadas de invierno...* Existía sin embargo una juventud fervorosa, lírica y con firme vocación, que se desvelaba por

tener un libro en el escaparate de Moen y no perdía el ánimo para escribir otro aunque del viejo, con tirada de tres centenas de ejemplares, salieran un par de docenas, no vendidas sino obsequiadas a críticos y amigos. Diremos que mejor fortuna lograron los que escribieron para las tablas en esos tiempos, a quienes Giusti recuerda, pues ellos fueron los de la etapa eufórica del teatro nacional, con protagonistas que se llamaron Florencio Sánchez, Payró, Laferrère, García Velloso, entre otros.

Escritor realista en esencia, Roberto Giusti así se muestra en este su nuevo libro. No magnifica los hechos, no alimenta leyendas, no deja lugar a la imaginación. Para muchos esto puede ser como achi-car las cosas, pero no hay tal sino que se las pone en su justo sitio. Hay equilibrio y serenidad, el mismo equilibrio e idéntica serenidad que le llevó a veces a polemizar con escritores que gustaron de los extremos, como lo hizo con Martínez Cuitiño a propósito de Florencio Sánchez. La pasión, que la tiene, no le impide ser objetivo ni le quita la serenidad. Es una trayectoria larga la que documenta. En esos sus sesenta años se produjeron muchos acontecimientos y Roberto Giusti los recuerda, como espectador unas veces, como protagonista de vicisitudes ciudadanas otras. Las últimas, en su memoria, las sufridas cuando la dictadura demagógica y tumultuaria se adueñó del país y encarceló a algunos hombres de primera fila en la cátedra y en la cultura, Francisco Romero y Vicente Fatone, para no citar sino dos que hasta desde el calabozo ejercieron la docencia: el primero dictando una clase sobre filosofía cuando estaba tras las rejas, el segundo escribiendo un discurso para el comisario. Con sus armas, don Roberto luchó contra ella. Con la del humorismo y la sátira a veces, según lo testifican las páginas suyas que recuerda.

Mucho es lo que puede destacarse de este libro fresco, claro, ágil, de prosa limpia, pero para nosotros, por las figuras y por el afecto profundo que da sustancia a lo escrito, las semblanzas que se ofrecen tienen lugar aparte. Ahí están, tal como los conoció, los trató y tam-

*Presencia de Roberto F. Giusti en sus Recuerdos*

bién tal como se ha ubicado en el proceso cultural argentino, Emilio Becher, periodista culto ahora en el olvido; Evaristo Carriego, con el arrabal embolsillado en sonetos; Francisco Capello, *un humanista antiguo en Buenos Aires*; Alejandro Korn, ejemplo de entereza moral, de dignidad y de fortaleza; Ricardo Rojas, con quien discrepó el autor, sin impedirle reconocer el significado de su labor y de su conducta; Francisco Romero, pensador y maestro en el sentido cabal de la palabra; Juan B. Justo, con ribetes de cuáquero y rectitud de conductor. Todos en su justa dimensión. La justa dimensión con que se nos presenta a otro, recordado una y otra vez: José Ingenieros, a quien Giusti trató mucho y a cuyo lado estuvo tantas veces, evocado ahora con simpatía que se adentra en el afecto, el cariño y la admiración. Sobre los amigos se escriben las páginas más sentidas y entre éstas las de una cálida fraternidad se dedican a Alfredo Bianchi, el animador de la gente joven, espíritu cultivado que tuvo la pasión de empujar hacia adelante a los que se iniciaban y a quien Giusti, su compañero en la conducción de *Nosotros*, atribuye generosamente la parte mayor en la publicación de la revista, cuyas tres décadas, a la distancia, nos parecen fruto del milagro.

*Visto y vivido* es un libro útil por diversos motivos. El primero, porque documenta un período importante de la actividad intelectual argentina. Su aparición nos hace preguntarnos, una vez más, cómo su autor, que vivió la vida de los cenáculos, acercó la vista y el olfato a la bohemia de Charles de Soussens y anduvo en trajes periodísticos desde su mocedad, cuando iniciara su recordada revista y cuando se estrenara como crítico teatral en *El País*, sucesor de Juan Pablo Echagüe; que desde su lugar en el aula de la tierna Facultad de Filosofía y Letras trabajó y estudió a la vez y que luego dividiría su tiempo entre la cátedra desempeñada con paciente dedicación, la militancia política y varios años los cargos electivos, los cursos libres y las colaboraciones en múltiples órganos de publicidad; nos hace preguntarnos, decimos, cómo este gran trabajador sorteó límpidamente

GERMÁN GARCÍA

tantas tentaciones, el contacto con los aficionados al alcohol y el peligro de la desarreglada vida de escritores y periodistas de su época de juventud, para cumplir totalmente la vida del hombre de hogar, del gozo de la amistad y el deleite de los hijos.

En las evocaciones y recuerdos no nos habla de esto, pero esto ha de ser precisamente lo que vitaliza su prosa y pone base a los capítulos del libro, que no es el libro de un estafalarario ni de un *genio* incomprendido sino del hombre que tiene la medida del hombre.